

## **Los Premios ACCA y su símbolo**

Josep Bracons Clapés

Presidente ACCA, 2001-2007

Desde 1982, cada año nuestra Asociación se hace visible y sale a la calle con motivo de los Premios ACCA de la Crítica de Arte. La fiesta de los Premios es, al fin y al cabo, nuestra fiesta anual compartida con amigos y premiados y el acto con mayor proyección que organizamos. Veinticinco convocatorias representan ya una continuidad y una madurez que, en cierto modo, dibujan una trayectoria. Una trayectoria que atraviesa etapas y contextos. Al principio, el reconocimiento, el impulso, la solidaridad y la simpatía hacia todas las iniciativas, en su mayoría de instituciones democráticas y entidades que la ACCA consideraba hermanas, como el FAD, que aportaban de algún modo una apertura y novedad en el contexto de desvelos e ilusiones durante aquellos años de reencuentro con la democracia y de recuperación de la cultura de vanguardia, dos cosas estrechamente vinculadas. Más adelante, y sobre todo a partir de los años olímpicos, empiezan los reconocimientos a las diversas iniciativas que van dibujando un entramado imperfecto de apoyo a la creación contemporánea. Desde los grandes equipamientos, como el MACBA, hasta las iniciativas arriesgadas de ayuntamientos y particulares para quienes, en muchas ocasiones, un Premio ACCA significaba una ayuda para vencer las reticencias de los conservadores y escépticos y brindaba argumentos para su estabilización y continuidad.

Los Premios ACCA no son otra cosa que una mención honorífica pero, si hay algo que hemos podido constatar a lo largo de los años, es la incidencia positiva que tuvieron allí donde fueron a parar. Hemos conseguido que se vieran como una expresión de apoyo y de reconocimiento del conjunto de nuestro colectivo. Su forma variable y adaptable a las circunstancias los convierte, en este sentido, en unos premios mucho más ágiles y versátiles que cualquier galardón institucional de características similares. Así pues, ésta es la fuerza de la ACCA, desde la independencia y desde un ejercicio colectivo de la crítica entendida como el reconocimiento de valores positivos y no como detracción de cosas negativas.

Asimismo, la ACCA tiene la suerte y la alegría de poder plasmar sus premios y el reconocimiento que conllevan sobre unos diplomas presididos por el símbolo que Joan Miró creó expresamente para la Asociación en 1979. El símbolo mironiano constituye el mayor patrimonio de la ACCA y su seña de identidad. Es un privilegio contar con una imagen tan fuerte, obra de la generosidad de Miró, uno de los poquísimos logos que creó el artista.

Podría ser un pájaro. Algunos lo dicen. Yo me inclino a ver en él uno de los grandes temas de la obra mironiana. El de la persona individual confrontada a la inmensidad del cosmos. La figura y el astro. El personaje, probablemente femenino, delante del sol. Un concepto que, al fin y al cabo, se puede relacionar con la crítica de arte si lo leemos como una imagen sintética que habla de percepción sensorial, contemplación, admiración y reflexión.

En la superficie de la textura de un papel, materia incierta, trazos y manchas que cobran vida. Forma concreta, y no obstante imperfecta. No se trata de líneas ni colores planos. Se perciben el gesto, el trazo y la mano. Incluso la imperfección de unas pequeñas manchas negras que parecen haber escapado al control del artista para recordar que el azar es también una fuerza creadora.

Si intentamos leer las formas implícitas en el símbolo mironiano, de izquierda a derecha, siguiendo nuestro orden habitual de lectura, empezaremos encontrándonos con un sol, el astro que atraviesa la línea del horizonte, poniéndose o levantándose, da lo mismo. En todo caso, durante la salida y la puesta del sol es cuando lo vemos más de cara. Confrontación directa. Confrontación y reflexión frente a la realidad. Esto es la crítica.

Prosiguiendo con la lectura de la imagen mironiana, encontraremos a continuación la estrella inconfundible que subraya su dimensión cósmica y señala un punto de inflexión. Esa línea plana que dibujaba el horizonte de repente cobra vida, se levanta y se enriquece con elementos antropomorfos. Unas piernas. Unos trazos, tres, que en los títulos de otras obras mironianas hallamos descritos como cabellos. Algunas manchas. La forma equilibrada y precisa, auroral o crepuscular, orgeliana, de la mitad izquierda del símbolo se compensa con la forma abierta de su mitad derecha, más indefinida. Subjetividad y objetividad se contraponen en una única imagen y se enlazan con una única línea que constituye el hilo conductor. Finalmente, el toque sensible del artista equilibra los trazos con unas formas redondas que armonizan el conjunto.

En cierto modo, así son los Premios ACCA. Se parte de una selección de propuestas. Después hay un debate en torno a ellas y la ordenación por categorías. Voluntad de objetividad. Aún así, el resultado final se deriva de una votación en la que también interviene la subjetividad, el azar. Las opciones individuales y las circunstancias del momento. Cada año, el cuadro de premios surge de esta suma de circunstancias, para acabar configurando una opción colectiva que, en muchas ocasiones, resulta coherente, equilibrada. Y que, en cualquier caso, describe a través del tiempo la presencia persistente del colectivo profesional que representa la ACCA y cada uno de sus miembros, individualmente, en muchos aspectos de la vida cultural, cívica y artística de nuestro país.